

# RENACER A LA LUZ Y LA TERNURA

## I.- REGOCIJO

Cual gota de rocío en el desierto,  
como brisa del sur almibarada  
de violines y algas,  
como una fumarola de geranios,  
de sándalo en los mares de los trigos,  
se derrama la Aurora sobre el mundo

La luna, de puntillas,  
acaricia su cara sonrosada.  
Petirrojos  
afinando las arpas de la gloria  
abren pasillo al Rayo de la Altura

Se diría  
que el cielo se desborda de emociones,  
que las constelaciones de la dicha  
se desploman en líricas cascadas  
por sideral espacio;  
que el Sol de la inocencia resplandece  
sobre la plenitud de las palmeras,  
sobre la algarabía de azules campanarios,  
sobre los corporales del adviento  
alfombrado de estrellas y jazmines.

El viento es una nana  
que despereza labios labrantíos,  
mientras la Tierra, trémula,  
se empapa de una lluvia de corolas.  
Sobre el heno apacible de un pajar solitario  
un fragante Gladiolo

-vagido de la noche-  
destila la dulzura de los cielos.  
Un lucero de escarcha  
se acurruca en el nido del regazo materno  
en las dársenas dulces de sus senos de espuma.

Un afilado cierzo  
se cuela de rondón por las rendijas  
de las puertas con nudos de intemperie  
y alabea  
la fruta cabellera de María,  
lo mismo que un columpio de ternura.  
El frío de la noche se confunde  
con el lento vibrar de las esquilas.  
Solamente el balido de una oveja  
-tal vez recién parida-  
rompe la soledad de tantas horas.

Y el silencio se rumia en el cuenco del alba.

Baja la luz desde los altos ricos  
a disipar la niebla del camino  
donde recuesta el hombre su cansancio.  
Alimenta la lluvia  
arterias musicales de la fuente  
para la sed antigua  
del solitario corazón humano.

Vienen pastores por el altozano  
con la gris soledad en su abarcas,  
con sus manos de olvido y sabañones  
y la pena zurciéndole las sienas.  
Pero un ángel les trae la Buena Nueva,  
desempeza en su alma la alegría  
y despierta en su boca rui señores  
arrecidos de tanta indiferencia.

Les inunda una estrella sus pupilas  
de un resplandor inerme, fiel hoguera  
para incendiar su soledad de siglos,  
arracimar espigas en sus dedos  
y nimbar su esperanza acorralada  
con enjambres de anhelos por el pecho.

Ahora tienen sus pasos nuevos rumbos  
y el carámbano triste de sus venas  
es un repique de entrañables cítaras  
cual mirlos en las copas de los árboles  
saludando a la aurora puntualmente.

Al amor de la lumbre, los pastores  
le han ofrecido a Dios su pan reciente,  
un pocillo de miel, leche espumosa,  
su capa de estameña,  
un jilguero de luz y un caramillo.

Y el Niño ha sonreído abiertamente  
con todo el arco iris en sus ojos.

## II.- EXILIO ENTRE LA NIEBLA

Entre un festín de luces de neón,  
paneles de reclamo de noches malolientes,  
caminamos los hombres  
con el tedio aferrado a la corbata  
e inmemorial tristeza en los bolsillos.  
No sabemos siguiera adónde vamos.

En medio de una plaza  
un abeto muy triste, ya sin sabia  
parpadea su muerte prematura.

Un pobre en mi camino; descargo el monedero  
de sucia calderilla  
que se estaba pudriendo en mi bolsillo.

Un alarido negro de sirenas  
rebota con furor sobre el asfalto.

Es Navidad, y sin embargo  
los hombres llevan prisa, como siempre.

La Nochebuena exhibe sus afeites,  
su grotesca peluca de obstinado confeti  
y el aire es gelatina irrespirable.  
En los escaparates  
belenes fingidísimos, sin alma,  
pastores de escayola sin aliento,  
ángeles de oropel y marmolina  
y magos de cristal adulterado.

Por los estercoleros de largas avenidas  
una humana riada, sin nombre ni apellido  
desemboca en los túneles del miedo  
entre eruptos de alcohol y frenesí.

No compartimos nunca  
una hogaza de pan recién dorado  
en el recoldo fiel de las palabras;  
ni repican silvestres castañuelas  
alrededor del fuego, en el corrío  
ni recitan dulzainas un poema  
en el patio recién enjalbegado.  
Ni una alondra de luna sobrevuela la noche.



Nos tiende el consumismo sus mágicas cadenas  
en forma de visores, de joyas, de valores.

El mundo es un mosaico cuadrulado en cifras,  
y tendemos las manos como náufragos  
arrastrados, tal vez, por la corriente,  
sin preguntar siquiera  
por qué vende la vida tanto desengaño.  
¿Seguiremos mirando, bobaliconamente,  
esos huecos mensajes de la tele  
que viene a hipotecar nuestro futuro?

### III. – INVITACIÓN A LA ALEGRÍA

Ahora que el almanaque  
deshoja lentamente la inocencia  
y prende en el fulgor de las miradas  
el blanco resplandor de un villancico  
de lumbre y de manteca  
sobre este mundo de hormigón y náusea,  
estrechemos el corro junto al fuego  
para nacer de nuevo a la ternura.  
Trencemos panderetas en las manos  
arrugadas de tanto desaliento  
y abrámosle balcones al recuerdo,  
al añejo alborozo de la infancia  
con puñados de sol, naranjas, dátiles...,  
que tiritita en el campo la promesa  
del Niño que nos nace cada invierno,  
cuando sueña el rosal su fantasía,  
el río recupera su memoria  
y han brotado racimos de ternura.

Madrugemos ya todos con el alba  
para alzar candelabros de armonía  
y recitar el mismo Padrenuestro.

Ay, Niño de Belén. Estás llorando  
en la entrada del metro de todas las ciudades,  
en los frentes de guerra y soledumbre,  
en los bancos de vértigo y de fuga  
donde expiran plegarias de las madres.

Pero aún nos queda un verso a flor de labios,  
un vigor en la sangre caudalosa  
para abrirle a la vida otros senderos  
con la mochila llena de ilusiones.  
Es tiempo todavía de rescatar al niño  
—ese que nos habita desde siempre—  
que cante un villancico  
por los parques del pecho verdecido.

Para nacer de nuevo nunca es tarde.